



Educar en la Argentina centenaria. Los usos de Güemes, caudillos y gauchos en los manuales escolares publicados entre 1900 y 1916

Education in Early Twentieth-Century Argentina: Representations of Güemes, Caudillos, and Gauchos in School Textbooks (1900–1916)

*Hernán Fernández**

Recibido: 27/12/2024 | Aceptado: 26/08/2025

Resumen

El presente trabajo, en líneas generales, procura indagar los usos del pasado mediante los manuales pensados para las escuelas comunes en los albores del siglo XX. Particularmente, el interés estriba en examinar cómo fueron abordados, acorde al contexto de publicación, los caudillos y los gauchos, figuras de crucial interés en la política y la historia argentina. Asimismo, definimos una entrada estratégica en nuestra lectura consistente en problematizar dichos asuntos en base a las apelaciones efectuadas, en las mentadas fuentes, sobre Martín Miguel de Güemes.

Es sabido que, en el marco del Centenario, la educación común sirvió de herramienta para concretar la “argentinización” capaz de apaciguar los principales conflictos sociales emergidos fruto del proceso de modernización del Estado-nación. Acorde a la perspectiva propuesta, la utilización de los temas apuntados en las fuentes seleccionadas permite introducirnos al clima de ideas donde, desde ciertos grupos políticos e intelectuales, se disputaban diversas maneras de entender la ciudadanía y la república en los tiempos de la reforma electoral y el consiguiente ocaso del “orden conservador”.

A partir de lo señalado buscamos analizar el corpus mediante tres niveles: Güemes, caudillos y gauchos. Según nuestra óptica, la figura del líder salteño ayudó a recuperar algunas facetas entramadas por los caudillos y los gauchos consideradas anteriormente, por la élite dirigente, perniciosas para la población del país. De esa forma, los manuales escolares presentaban una revisión del fenómeno que, en simultáneo, estaba iniciándose en otros escalafones educativos –secundario y universitario- y registros del periodo.

Palabras claves: manuales escolares, usos, Güemes, caudillos, gauchos.

* Argentina. Universidad Nacional de San Juan. Doctor en Historia. Profesor en las carreras Profesorado y Licenciatura en Historia –Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, Universidad Nacional de San Juan-, Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas –Instituto de Filosofía, Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes (Universidad Nacional de San Juan). hernan.fernand86@gmail.com

Abstract

This article seeks to examine the uses of the past as conveyed through school textbooks intended for common schools in the early twentieth century. Specifically, it focuses on how caudillos and gauchos—figures of crucial importance in Argentine politics and history—were represented according to the context of their publication. A key dimension of the analysis is the strategic entry point provided by the figure of Martín Miguel de Güemes, whose presence in these sources serves to problematize broader issues.

Within the framework of the Centennial, public education became a tool of “Argentinization,” aimed at tempering major social conflicts that emerged from the process of nation-state modernization. From this perspective, the use of the aforementioned figures in selected textbooks opens a window onto the intellectual and political debates of the time, in which different groups contested competing visions of citizenship and republicanism amidst electoral reform and the decline of the “conservative order.”

The study analyzes the corpus on three levels: Güemes, caudillos, and gauchos. From our standpoint, the figure of the *Salta* leader allowed for the recovery of certain aspects historically associated with caudillos and gauchos—long deemed pernicious by the ruling elite—that were reconfigured in the textbooks. In this way, elementary school manuals contributed to a broader revision of these phenomena, a process simultaneously unfolding in other educational spheres—secondary schools, universities—and in contemporary intellectual registers.

Keywords: school textbooks, uses of the past, Güemes, caudillos, gauchos.

Introducción

Los escritos políticos del siglo XIX coincidieron, en su gran mayoría, en catalogar a los caudillos dentro de los elementos negativos de la sociedad, responsables de los impedimentos para lograr la organización de la Argentina. Siguiendo arbitrarios objetivos, contrarios al bien común de la civilización anhelada por la elite dirigente, los caudillos alcanzaron sustento popular en las montoneras bárbaras, tomadas en múltiples oportunidades como sinónimo del gauchaje¹. De ese modo, el gaucho resultaba también un personaje adverso al progreso argentino². Esta visión del fenómeno sería apuntalada en diversas etapas de la historia del país, desde los tiempos pos independencia hasta el periodo constitucional y de consolidación del Estado-nación.

Si bien dichos aspectos han sido explorados en reconocidos estudios, nos permitimos en el presente artículo definir una entrada poco frecuentada al proponer indagarlos en los manuales escolares aparecidos entre los años 1900 y 1916. La opción temporal responde a la particularidad de la coyuntura caracterizada por el clima de transformaciones sociales, celebraciones públicas y balances políticos e intelectuales, todo

¹ Para indagar sobre las diferentes lecturas realizadas durante el siglo XIX en torno a caudillos y caudillismos, ver: Buchdinder (1998); Halperín Donghi (2002), otros.

² Si bien existen variados e importantes estudios sobre la construcción de la imagen del gaucho, en esta oportunidad seguimos uno de los últimos libros publicados al respecto: Adamovsky (2019).

ello bajo el clima celebratorio por el centenario de la Revolución de Mayo y la dinámica abierta por la reforma electoral alcanzada durante la presidencia de Sáenz Peña, con el consiguiente triunfo del partido radical.

En relación a este marco, procuramos revisar en los libros escolares el tratamiento otorgado a los caudillos y los gauchos a partir de los usos³ efectuados en torno a Martín Miguel de Güemes en los manuales seleccionados. La opción por el líder salteño entiende que, según buscaremos exponer, a pesar de ser catalogado con ambas cualidades, conforma un caso excepcionalidad por el hecho de convertirse, en determinados pasajes, en figura positiva de la historia argentina. Asimismo, desde esa particularidad, Güemes lograría arrojar claridad a las réprobos consideraciones atribuidas a los caudillos y, por defecto, los gauchos.

Ahora, antes de continuar con el desarrollo del tema, requerimos de una breve digresión con la intención de aclarar con mayor precisión la opción por el corpus indagado y la consiguiente clave de lectura aplicada. Como es sabido, por impulso del “gobierno conservador”, en 1884 fue sancionada la Ley N° 1420 de Educación Común. Parte de las metas fijadas en la normativa apuntaron a instruir argentinos mediante contenidos moralizantes. Con la indicada finalidad se publicaron libros de textos donde los autores recurrían a la historia argentina para ejemplificar la conducta del buen ciudadano.

El interés por abordar los diversos temas señalados desde los manuales atiende la peculiaridad de las fuentes. De las mismas destacamos la impronta estatal subyacente en las obras pensadas para las escuelas, detengámonos brevemente en esto. El principal punto por contemplar concibe a los libros de textos escolares como instrumentos de formación diagramados para la educación común y por ello, en cuanto a los sucesos históricos, representan la visión pretendida para difundir por el Estado argentino. En otras palabras, en las publicaciones consultadas puede advertirse la manera de entender y, primordialmente, qué quería darse a conocer por medio del gobierno nacional sobre los caudillos y, a su vez, del legado de Güemes.

En relación con dichas singularidades de los documentos y el periodo, desde hace unos años nuestro estudio gira en torno a los usos y apropiaciones de Sarmiento y sus obras, en especial el *Facundo*, en los manuales y ensayos políticos luego de la muerte del sanjuanino. Particularmente divisamos que el citado título sarmientino, contrario a lo establecido en la actualidad, no representó la capital publicación de referencia del autor cuyano. Según nuestras lecturas, dependiendo de la coyuntura y las necesidades de quienes escriben y editan, serán las disímiles utilizaciones de los textos sarmientinos. Exploremos esto en casos aclaratorios.

³ La categoría *usos*, aplicada en las páginas que siguen, atiende principalmente las preceptivas teóricas definidas por Alejandro Cattaruzza, quien la entiende desde una doble dimensión. En primer lugar “es que siempre se trata de una competencia y un debate entre varias lecturas de la historia” (Cattaruzza, 2007, p. 19). Y, en segunda instancia, advierte Cattaruzza: “que esos debates tienen un objeto declamado, y ciertamente auténtico, constituido por las imágenes del pasado, y otro implícito, tan auténtico como el anterior, que se define en el presente y está asociado a los conflictos políticos-sociales del momento” (Cattaruzza, 2007, p. 19).

En algunos manuales como *Lecturas morales e instructivas* (1902), el *Facundo* sí aparecía en distintas oportunidades para recuperar al Sarmiento escritor y las enseñanzas dejadas por su prosa. Por otro lado, en los ensayos de Joaquín González el panorama será diferente. Dentro de la *Tradición nacional* (1888) el riojano, exponiendo facetas positivistas y modernistas, optaba por apelar a *Conflictos y armonías* junto al *Facundo*. No obstante, en *Patria* (1900) la predilección de quien supo ser presidente de la Universidad de La Plata apuntó a *Recuerdos de provincia* por el hecho de exponer la necesidad de acudir a los provincianos para purificar la política argentina de la nueva centuria. Finalmente, al hablar de la reforma electoral en tiempos del Centenario, González recurre al Sarmiento de *Comentarios de la Constitución* (1853).

Los casos seleccionados exhiben la inexistencia de unicidad al momento de recurrir al pasado sarmientino para responder a los menesteres del presente, algo opacado si aceptamos que *Facundo* significó siempre, y en toda circunstancia, la principal obra de referencia del sanjuanino. Pues mientras parte de la esfera educativa adoptaba la apuntada publicación, en otros espacios no tenía utilidad para los objetivos subyacentes en escritores como González. Es decir, si el espectro de lectura se amplía hacia otras fuentes o espacios de circulación de los textos, resulta posible matizar determinadas concepciones sobre las utilidades y apropiaciones del pasado en los albores del siglo XX. Este tipo de análisis es el que procuramos efectuar en torno al modo de mostrar la cuestión de los usos de Güemes, el caudillismo y los gauchos en los manuales escolares.

En lo concerniente a los caudillos, bien es sabido, existió común acuerdo para encorsetar al tema dentro de lo negativo para la historia argentina. Sarmiento con sus ensayos emerge entre los principales iniciadores de la concepción peyorativa de esas figuras. Asimismo, según señala Chiaramonte (2013), en los manuales destinados a la enseñanza media –de autoría de Vicente Fidel López, Juana Manso, Nicanor Larrain, José Manuel Estrada- pervivió la crítica punitiva hacia los caudillos.

En el nivel educativo universitario también es posible divisar, en los estudios constitucionales, la condena al caudillismo por “disolver la nacionalidad”. Empero, desde la Universidad de La Plata en los iniciales años del siglo XX los constitucionalistas “resolverían esta tensión reivindicando la acción de los caudillos o, simplemente, negando que hubiese habido en ellos tendencias segregacionistas o antinacionalistas” (Chiaramonte, 2013, p. 135). Por otro lado, en variadas oportunidades se distinguió al gaucho –en particular el estereotipo del “malo”- como seguidor de los caudillos o simplemente integrante de las montoneras (De la Fuente, 2014, pp. 102-103). Y, aunque en distintos textos decimonónicos, dicha perspectiva sobre los gauchos tuvo objeciones, en el Centenario comenzó a tomar mayor envión en pos de crear una idea de “argentinidad” en relación a su figura.

A partir de lo expuesto, según buscamos demostrar, en ciertos libros escolares las apelaciones a Martín Güemes permiten advertir miradas conciliadoras hacia los caudillos y los gauchos. En síntesis, en esa operación los usos del líder salteño resultaron estratégicos en procura construir una determinada imagen de nación. En relación a la visión mitrista, Martín Güemes ocupó ambiguos lugares en la historiografía argentina, a Bernardo Frías (1902) se le atribuye el primigenio gran impulso por recuperar su contribución en las

guerras de independencia⁴. A raíz de ello, emergieron cuantiosos trabajos centrados en la trayectoria del salteño. De los más recientes podemos destacar la producción de Sara Mata (2008) donde, entre otras cuestiones, indaga a Güemes desde el liderazgo, abordando también las características de los gauchos acompañantes –por ejemplo, la condición social, militar, etc.-. No obstante, ninguna de estas publicaciones de tinte biográfico repara, porque no forma de los respectivos objetivos, en las utilizaciones del pasado.

Dentro de los estudios guías para el presente artículo destaca la tesis de Villagran. La investigadora precisamente inquiriere los usos y apropiaciones de Güemes y del gaucho con el fin de apuntalar una idea de “salteñidad”. Esta perspectiva se cristaliza en base a las fuentes seleccionadas por Villagran, consistente las escritas principalmente en las publicaciones de los salteños Bernardo Frías y Juan Carlos Dávalos. Desde allí brinda diversas observaciones que nos sirvieron de guía para problematizar el objeto de interés. Ejemplar resulta la distinción efectuada en las apelaciones a la faceta gaucha de Güemes. Conceptuado como “gaucho decente” pues “en esa bipolaridad, como gaucho puede moverse y ubicarse a la par de los gauchos, comportarse como uno de ellos, pero sin que se modifique por tal motivo su condición natural de decencia aristocrática” (Villagran, 2010, p. 86).

Villagran advierte entonces la intención por evitar bajar al héroe local a la condición “rústica” del gaucho, para así no dejar de representar a la elite provincial a la cual pertenecían los autores. En sintonía similar, aunque más reciente, es el trabajo de Quiñones (2022) en torno a la disputa asumida por los historiadores salteños para inscribir y resaltar el aporte histórico de las provincias norteñas y de Güemes. Para avanzar en ese sentido la investigadora también pone en discusión la conceptualización de caudillo, partiendo de las iniciales preceptivas apuntaladas por José María Paz, Mitre y Vélez Sarsfield. A partir de esto, señala las producciones del citado Frías para lograr incluir al general salteño en el panteón nacional⁵.

Abreviando, lo apuntado de cada producción precedente nos permite percibir la necesidad de detenerse en los usos de Güemes, los caudillos y los gauchos desde disímiles registros: los manuales escolares dirigidos a la educación primaria. Hasta el momento escasamente se ha explorado esta variante y, según lo manifiesto, constituye una entrada estratégica la figura del líder norteño para mostrar cómo, en los años del Centenario, mediante sus apelaciones en las fuentes seleccionadas comenzó a configurarse cierta imagen positiva de los temas indicados.

Para decirlo de una vez, si los estudios anteriores plantean la revisión del caudillismo a través de la formación media y universitaria –Chiaramonte (2013)- o, por otro lado, historian los usos de Güemes y los gauchos en relación al espacio salteño –Villagran (2010), Quiñones (2022)-, nuestro escrito pone el lente en el nivel primario y

⁴ La amplia obra de Frías sobre Güemes, seis tomos, puede consultarse de manera virtual.

⁵ Cabe indicar, dentro del libro donde se encuentra el mentado trabajo de Quiñones también es posible consultar un escrito de nuestra autoría donde efectuamos iniciamos con la indagación sobre los usos de Güemes en los manuales escolares (Fernandez, 2022). Sin embargo, en la presente oportunidad, entre otras cuestiones ampliamos el número de fuentes consultadas y profundizamos en las categorías de gaucho y caudillo al tiempo que complejizamos la lectura en torno a los usos del líder salteño.

amplía la lectura hacia el resto de las provincias, pues los manuales escogidos circulaban en las aulas de todo el país. En base a lo expuesto, para iniciar entendemos oportuno sintetizar la coyuntura de publicación denominada, por algunos sectores historiográficos, “régimen conservador” u “oligárquico”.

Los libros escolares en la “república conservadora”

Los rasgos generales del periodo de los “gobiernos conservadores” presentan distintos puntos particulares. Primeramente, destacamos la intención continua de un grupo dirigente, no del todo homogéneo, por consolidarse y perdurar en el poder. Esa elite concibió que era la única capaz de gobernar, cerrando por consiguiente el acceso a la política gubernamental a la mayoría de la sociedad. El programa alberdiano de “república posible” entraba en práctica con el fin de mantener el mando político en pocas manos y evitar hipotéticos desmanes en la gobernabilidad⁶.

Uno de los principales objetivos de la elite gobernante consistía en favorecer el desarrollo del modelo capitalista agroexportador. Con esa meta fue fomentada la inmigración, resultando considerablemente numeroso el advenimiento de personas provenientes de Europa. No obstante, gran parte de la masa trabajadora, compuesta por criollos y recién arribados, sufría duras condiciones de vida y, también, laborales. Partiendo de panorama semejante, el proyecto de nación de la “oligarquía” comenzaba a mostrar falencias que socavaban los cimientos del orden político y económico diagramado para la Argentina moderna.

Entre las problemáticas destacan la negativa de los recién llegados a renunciar a la cualidad de inmigrantes para asumir la nacionalidad argentina. Al mismo tiempo continuaban fieles a sus tradiciones y se negaban a enviar a sus hijos a las escuelas estatales. Por otra parte, comenzó a organizarse un combativo movimiento obrero en base a pensamientos en boga en Europa –especialmente anarquismo y sindicalismo-. Esto permitió cristalizar las demandas abiertas contra el gobierno por las pésimas condiciones laborales. Además, el candente clima adquiría mayor efusión con las protestas ejercidas por la Unión Cívica Radical exigiendo el fin del “régimen oligárquico”, deslegitimándolo por sustentarse en el fraude electoral.

Ante la escalada de protestas, cierto sector del Estado individualizó en los “inmigrantes indeseados” la culpabilidad de destruir la sociedad argentina. Fundamentándose en ese diagnóstico, la policía reprimió a quienes elevaban reclamos. ¿Qué otras medidas buscaron evitar el colapso de la señalada república? En esta instancia vale mencionar la sanción de la Ley de Educación Común (1884) y la consiguiente conversión de la escuela en una de las principales herramientas de contención del modelo político-económico erigido por los “conservadores”⁷.

⁶ Para efectuar este planteo seguimos el tradicional estudio de Botana (2012).

⁷ También existieron otras disposiciones tendientes a atender el reclamo social y obrero con un tono menos represivo.

En las aulas debían formarse ciudadanos según los hábitos y conductas juzgadas óptimas para favorecer la vida de la república⁸. En ese sentido, la Ley 1420 centraba el interés en fortalecer la instrucción en cuestiones argentinas y morales al estipular, en el artículo 6, que la educación obligatoria debía comprender “Geografía particular de la República y nociones de Geografía universal; Historia particular de la República y nociones de Historia general; Idioma nacional [...] conocimiento de la Constitución Nacional” (El Monitor de la Educación, 1885, 838)⁹. Empero, con la creciente escalada de conflictos sociales, la labor moralizante encomendada a las escuelas evidenciaba falencias.

En consecuencia, algunos funcionarios y pensadores del momento, recurriendo a los principios positivistas en boga, procuraron apuntalar los contenidos escolares atinentes a redefinir el “ser argentino”, amenazado por la marea inmigrante. De ese modo, en las primeras décadas del siglo XX, nos encontramos con las medidas de “educación patriótica”, ideadas para reforzar la carga de argentinidad en la formación educativa¹⁰. ¿En qué radicaba la estrategia?

Definir al buen patriota o, incluso, transformar al inmigrante en ciudadano, requirió de distintas prácticas, una de ellas tuvo lugar en las aulas mediante los manuales escolares. Los libros pensados para las escuelas, entre otras cuestiones, apelaban a la historia para educar con ejemplos, los relatos y las personalidades recuperadas tenían la función de exponer las diversas aptitudes del “ser nacional”. Bajo ese objetivo los autores utilizaron el pasado argentino operando con, al menos, dos mecanismos principales.

En primera instancia, la estrategia escolar apuntó a precisar la nacionalidad argentina, identificando qué era lo propio y qué hacía únicos a los argentinos respecto al continente americano y el resto mundo. La historia, como mecanismo unificador de un pasado común y, simultáneamente, muestrario de las conductas para el presente, servía para hacer ver al verdadero patriota¹¹. Claro exponente de esta concepción es la introducción al libro *Lecturas argentinas*, donde el autor expresa en torno a la educación patriótica:

es la bandera, el himno, la pirámide, la estatua, la procesión de los 25 de Mayo, y los 9 de Julio, la presencia de la reliquia, la tumba de los héroes, el saludo al sol en

⁸ Dentro de las variadas investigaciones referidas a la educación patriótica, seguimos las producciones de Bertoni (2007), Herrero (2021) y Guic (2023).

⁹ Al decir de Lilia Ana Bertoni, desde 1884 la “preocupación por la cuestión nacional fue apareciendo poco a poco” (Bertoni, 2007, p. 44).

¹⁰ En palabras de Andrea Alliaud: “la función encomendada a la escuela pública fue fundamentalmente de orden moral, orientada hacia la formación del ‘ciudadano’, adecuado a la sociedad en que le tocaba vivir. Ciudadanos que debían responder a un orden que excluía su participación directa, tanto como el derecho a una propiedad, pero al que tenían que adaptarse para posibilitar su afianzamiento” (Alliaud, 2007, pp. 62-63).

¹¹ Esa relectura del pasado “debía consistir en la búsqueda de los rasgos permanentes de la propia cultura con los que enfrentar el cosmopolitismo” (Bertoni, 2007, p. 165).

los aniversarios (...) la anécdota, la historia, el cuento guerrero, la personificación de la gloria (Estrada, 1908, p. V-VI)¹²

No obstante, tamaña intervención implicaba crear al “otro”, a aquella figura incapaz de responder a los correctos valores de la “argentinidad”. Esos personajes, si se trataba de nacidos en el país, pasaban a convertirse en malos patriotas o, en el caso de los no nacionalizados, “inmigrantes indeseables”. En relación a estos últimos, la solución consistía en “vincularse más a los argentinos, sintiéndonos todos movidos por el mismo ideal, el culto de las tradiciones argentinas, del progreso de las instituciones y del porvenir de la nación, debe igualmente animar a la familia extranjera” (Levene, 1912, pp. 160-161). A raíz de lo expresado, resta avanzar sobre el lugar ocupado por los caudillos dentro de los contenidos aludidos.

Caudillos y caudillismo en los manuales escolares

En sentido neutro, el caudillo era un jefe militar: “en la Edad Media castellana había designado al líder de mesnada” (Halperín Donghi, 2002, p. 19). Sin embargo, durante las décadas posindependencia emergieron diversos relatos –donde destacan las producciones de Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre- destinadas a exponer a los caudillos como líderes populares sostenidos mediante la violencia ejercida por las fieles montoneras bárbaras¹³.

De ese modo, el fenómeno del caudillismo representaba la principal causa de los fracasados intentos por organizar constitucionalmente a la Argentina insipiente. En consecuencia, todos los personajes históricos –caudillos, montoneros, gauchos- emparentados con el caudillismo entraban en la órbita de la barbarie culpable del retraso del país. En los albores del siglo XX la atención por el fenómeno seguía vigente, veamos entonces el desarrollo del tema en los manuales.

El caudillo aparece retratado en algunos libros como un líder personalista y con notable ascendencia popular. La fuerza encarnada en cada caudillo llevaba a la oposición a las leyes y a la constitución, por ello “éste, si se halla en el poder, sigue sus inspiraciones personales, sin preocuparse de averiguar lo que dicen todos esos montones de libros en los que se exponen y se aclaran doctrina de gobierno” (Figueira, 1904, pp. 284-285). El caudillo estaba emparentado con atraso del país, con la falta de desarrollo social y productivo. Al respecto, el relato de una viajante que iba desde San Luis hacia Mendoza expresaba: “Al

¹² Aunque existen múltiples ejemplos de la apelación a la historia para resaltar determinadas conductas, tomamos en esta instancia la ficticia carta remitida por un niño a su madre donde exponía diversos sucesos del pasado argentino y concluía: “Aquí termino mis notas de viaje y ruego a tu cariño que perdone la extensión de esta carta donde pongo el mío, pensando en lo que tanto nos enseñaste a venerar: la Patria” (Latallada, 1916, p. 264).

¹³ Es precisa destacar que en el manual *Hogar y patria*, a pesar de criticar a los caudillos también, inicialmente, se emplea el término de manera neutra cuando lo aplica a figuras de la Revolución de Mayo: “Se oye una marcha guerrera y aparecen dos niños con una gran escarapela. Representan a los caudillos populares de la Revolución, Antonio Luis Berutti y Domingo French” (Latallada, 1916, p. 93).

despertar sigue el mismo paisaje monótono y triste, donde evoco la figura sombría de los caudillos que lo recorrieron cien veces, desde La Rioja, con Quiroga y el Chacho a la cabeza. Poco a poco la civilización va animando las cosas” (Latallada, 1916, p. 245).

Las primordiales herramientas de dichos personajes para lograr la sumisión de sus enemigos fueron “las montoneras o bandas de gauchos que asaltaban los hogares y vivían del pillaje” (Imhoff & Levene, 1910, p. 126). Visto así, el caudillo y las montoneras entramaban la esencial problemática para consolidar el orden en la Argentina en ciernes. Sin embargo, no toda lectura será negativa, principalmente si se trataba de pensar al caudillismo en vinculación con el gobierno federal.

En relación a ello, Enrique de Vedia interpreta al surgimiento del caudillismo emparentándolo con el federalismo y la consiguiente “natural tendencia autonómica revelada lógicamente por las diversas agrupaciones sociales que se desenvolvían en nuestro país” (1913, p. 191)¹⁴. Precisamente, el éxito de los caudillos para expandirse en el país residió en la “supuesta” defensa de las autonomías provinciales, ese modo “Tan ruin como descabellada propaganda dio sus frutos y así nació y se difundió el *caudillaje* con tipos de la talla del *indio Andresito*, Artigas, El Chacho, Ramírez, Facundo, Estanislao López y otros de la misma calaña (De Vedia, 1913, p. 191)¹⁵.

En otro de sus libros escolares, Ricardo Levene planteará una visión más benévola, al mostrar el aporte de los caudillos a la configuración de la unidad nacional. Para el historiador, a pesar de lo nocivo del caudillismo, figuras de la talla de Bustos, Quiroga, López y el mismo Rosas: “se habían propuesto organizar el país y darle una constitución. El propio Rosas decía que esa era también su intención, pero que no era el momento indicado” (1912, p. 116)¹⁶. En la óptica de Levene el federalismo significaba la defensa de las autonomías provinciales y los caudillos representaban los primitivos protectores de ese sistema de gobierno¹⁷.

Incluso el valor popular adquirido por los caudillos los llevó a constituirse en “exponente de nuestra democracia. Como nuestra democracia era embrionaria y turbulenta, el caudillo que fue su espontánea expresión era también turbulento y rebelde” (Levene, 1912, p. 115). Además, ayudaron a disciplinar en la campaña, en este aspecto

¹⁴ En una visión del fenómeno basada en la experiencia uruguaya, pero aclimatada para las escuelas argentinas, Figueira concebía al caudillismo como “la forma de gobierno primitivo que se adapta al estado social de nuestra campaña” (1904, p. 284).

¹⁵ Por consiguiente, De Vedia entendía la aparición del federalismo como tendencia de gobierno estimulada por los jefes “más representativos de esas agrupaciones, á las cuales dominaban por el terror y por el carácter que se adjudicaban ellos mismos de defensores de los derechos populares amenazados por la política ‘absorbente y conculcadora’ de los hombres de Buenos Aires” (De Vedia, 1913, p. 191).

¹⁶ Para Levene, en las gobernaciones de Rosas “el sentimiento de la nacionalidad persiste y sobrevive” (1912, p. 54).

¹⁷ Apelando a la idea de la preexistencia de la nación, Levene sostiene que el insipiente federalismo estaba presente en la Revolución de Mayo, pues las provincias, una vez iniciada la lucha por la independencia, “querían formar parte de una misma Nación, pero reservándose para sí, la organización de poderes propios” (1912, p. 45).

aparece nuevamente la figura de Rosas mediante un relato de Mansilla¹⁸ donde lo muestra inicialmente castigando a un gaucho cuatrero, pero ayudándolo al final. La acción le valió al futuro gobernador de Buenos Aires el respeto y la obediencia del gaucho al tiempo que lo convirtió en figura próspera “sus hijos y sus hijas de casaron, se mezclaron bien, se refinaron, se educaron, se ilustraron” (Estrada, 1908, p. 343). El caudillo entonces colaboró en cierto punto con el orden social.

Lo interesante de los lineamientos citados es que los textos dirigidos a la educación común anticipaban la positiva revisión, consolidada posteriormente con Ravignani, sobre los caudillos y la respectiva contribución a la historia argentina. De ese modo, en similitud al espacio universitario¹⁹, en algunos de los contenidos pensados para el nivel primario en tiempos del Centenario resulta posible leer los iniciales ensayos exponiendo la colaboración de dichas figuras a la construcción de la organización nacional²⁰.

Asimismo, vale apuntar, el clima de reforma permite apreciar las mejores consideraciones del fenómeno. Por ello, si seguimos con el ejemplo de Levene, es notable el cambio de tono al referirse a los caudillos considerándolos elementos de unidad. Precisamente el libro donde manifiesta la señalada postura aparece en el año de la reforma electoral impulsada durante el gobierno de Roque Sáenz Peña²¹. Acorde al momento, el historiador valoraba la importancia del sustento popular en las democracias, pero además enfatizaba en el peligro de no contar con una masa poblacional instruida, en ese sentido entendía sustancial “Educar con el ejemplo vivo y palpitante, con la visión clara y verdadera de nuestra historia, haciendo resucitar el panorama moral de patriotismo, de virtudes, de honestidad y de sentimiento democrático” (Levene, 1912, p. 7).

En síntesis, en algunos manuales, los caudillos eran bárbaros pero populares; las montoneras equivalían a anarquía, pero a la vez implicaban formas de expresión democrática. En otras publicaciones, incluso, aportaron a la unidad de la nación. Entonces, el inminente paso de la “república posible” a la “república verdadera” requería atender esas variantes, y en tal marco debía consolidarse la función de la escuela como agente creador de ciudadanía. Dentro de tamaña operación, Güemes jugará estratégico papel al significar la búsqueda por redimir sectores de la sociedad previamente atacados por la elite letrada.

¹⁸ Titulado precisamente “Cómo se forma los caudillos”.

¹⁹ Tal como señalamos en páginas anteriores, para Chiaramonte la revisión del aporte del caudillismo y los caudillos llegaría con los constitucionalistas de la Universidad Nacional de La Plata (2013, p. 135).

²⁰ Incluso, esta perspectiva sobre el aporte de los caudillos a la unidad nacional también la desarrolla Levene en su libro, pensado para la educación media, *Lecciones de Historia Argentina*, donde señalaba: “tenían siempre, sin embargo, un instinto y una tendencia comunes hacia la nacionalidad” (1913, p. 281).

²¹ Como puede verse, el libro de Levene, publicado junto a Inmhoff, citado al inicio del apartado es de 1910; es decir, dos años después aligera sus críticas hacia a los caudillos.

Güemes en los manuales escolares

Güemes recibió ambiguo tratamiento en tiempos póstumos. Según enseña Alicia Poderti, su imagen comenzó a sufrir injurias debido, en gran parte, a la tradición de lectura iniciada por José María Pas y la aristocracia salteña, ambas perspectivas “se acoplaban con la percepción de que Güemes era un oscuro caudillo provinciano, interesado en consolidar su predominio personal y empeñado en contravenir las reglas de una política que él no podía comprender” (Poderti, 2002, p. 100).

Además, prosiguiendo con la tesis de Poderti, desde la historiografía nacional, Bartolomé Mitre, Joaquín Carillo, Emilio Bidondo y Ramón Leoni Pinto sumaron elementos para colocar a “Güemes en un lugar secundario en la galería de lustrosos próceres nacionales” (Poderti, 2002, p. 125). A pesar de ello, indica José Carlos Chiaramonte, en distintos “textos y manuales de historia argentina el único caudillo cuya acción se evaluaba en un sentido positivo era Güemes” (2013, p. 121). Es decir, como primer punto a considerar, Güemes en los textos del siglo XIX no receptaba connotaciones totalmente negativas, indagemos este aspecto en el corpus seleccionado.

Al momento de trabajarlo, emerge la estampa de caudillo para efectuar balances en torno al líder norteño. Uno de los textos más extensos destinados a abordar tal faceta de Güemes pertenece a la pluma de Mitre y está inserto en *Lecturas morales e instructivas*. Los párrafos escogidos en esa obra lo catalogan peyorativamente al señalar: “como caudillo, fue funesto, contribuyendo a la desorganización política y social” (Berrutti, 1902, p. 142). Incluso, continuaba el texto, la condición de caudillo entramaba la esencia del salteño: “Bórrese del retrato histórico de Güemes el nombre de caudillo, y Güemes, ó no será nada como militar, ó será cuanto más el activo jefe de una vanguardia” (Berrutti, 1902, p. 143).

A pesar de semejantes calificativos, el manto caudillista quedaba opacado por el hecho de integrar Güemes el grupo de personalidades tendientes a evitar la disgregación de la nación. En consecuencia, concluían las citadas líneas de Mitre “fue siempre fiel a la idea de unidad nacional, y salvo un corto paréntesis, reconoció siempre la autoridad general” (Berrutti, 1902, p. 144). De esa manera en la visión construida sobre Güemes germinaba la perspectiva que posteriormente sería aplicada para recuperar el legado de los caudillos: el aporte a la unidad argentina.

Partiendo de la participación en el proceso independentista, el líder salteño resultaba vanagloriado por contribuir “al mejor éxito de la Revolución de la Independencia, cooperando notablemente en su esfera á los propósitos nacionales de aquella” (De Vedia, 1913, pp. 171-173). Para Imhoff y Levene “Fue un abnegado servidor de la patria” (Imhoff & Levene, 1910, p. 115). El tándem patria-unidad subyacía como característica sustancial para transformarse en ejemplos para las aulas argentinas. Allí Güemes ganaba espacio al ser considerado “abnegado servidor de la patria y la figura mas pura del caudillismo” (Imhoff & Levene, 1910, p. 115)²².

²² Otro autor lo define como “el único caudillo que sin renunciar a sus privilegios autóctonos y sin supeditarse a ninguna autoridad, contribuyó al mejor éxito de la Revolución de la Independencia” (De Vedia, 1913, p. 172).

La recuperación de Güemes, incluso, venía por otra vía. Reverberando los aires del naciente siglo XX, entraba en escena la faceta de “líder gaucho”. El reconocimiento de la trayectoria del general norteño entramaba también la de los gauchos quienes, como elemento fiel de combate, adquirirían positivo cariz. Por el manejo efectivo de esas fuerzas, Güemes recibía los gentiles calificativos de “celebérrimo caudillo y general [...] genial patriota que organizó la famosa *Guerra gaucha*” (De Vedia, 1913, p. 55)²³. En este punto, a las piezas dirigidas a formar la construcción de la historia nacional, es preciso añadir la revalorización del gaucho.

Dentro de las fuentes consultadas al menos dos grandes utilidades podemos destacar de Güemes en relación a los gauchos. En primera instancia, una particularidad frecuentada residió, necesariamente, en la educación. Si había que reivindicar algo popular, no podía tamaña operación dejar de lado a la instrucción, y por eso el salteño no sólo lideró, además para ello debió “organizar a sus gauchos, dándoles más que una educación de disciplina militar metodizada y severa, una verdadera educación práctica en el arte de la guerra” (De Vedia, 1913, p. 173). Pero es en el segundo aspecto donde mayormente coinciden varios libros escolares, nos referimos en esto a los iniciales intentos por hacer del gaucho pieza fundante de la argentinidad.

Recurrir a Güemes y, en especial, a los gauchos para sumarlos a la tradición nacional es algo muy propio del Centenario. Para entonces, al momento de pensar la nacionalidad, a las ideas positivistas se agregaron los planteos intelectuales provenientes del modernismo. En los indicados lineamientos, fue clave la participación de Leopoldo Lugones, quien apelando al *Martín Fierro*, desde el gaucho creó el “mito de origen” para diagramar la identidad nacional (Terán, 2012)²⁴. De esa manera, los usos del gaucho servían al mismo tiempo para consagrar “un nacionalismo de corte culturalista, esto es, que ser argentino implica estar dentro de los marcos de las leyes nacionales, pero además y en especial estar imbuidos de una *cultura nacional*” (Terán, 2012, p. 172).

Precisamente, Levene apreciaba la herencia de los gauchos forjada en su lucha contra los realistas. Y no solo eso, también da un paso más al integrar al gauchaje de Güemes en la tradición argentina:

Pero la patria argentina es también un conjunto de tradiciones y de gloria. El extenso territorio descripto está marcado con recuerdos históricos (...) Hacia el norte la figura de Güemes y sus gauchos aparecen, como avanzadas heroicas que hicieron una guerra de guerrillas a los españoles, cerrando la puerta del Norte a la incursión de los enemigos (Levene, 1912, pp. 20-21)

²³ En ese sentido, la particularidad del salteño emergía además en el modo de llevar adelante la lucha contra los realistas: “Sin recursos ni mayores elementos, Güemes y sus gauchos se impusieron por su valor y su arrojo” (Imhoff & Levene, 1910, p. 115).

²⁴ Incluso, es necesario apuntar, Lugones ya había iniciado esta intervención con *La guerra gaucha*.

El texto de Levene concluye: “Este es el concepto histórico de la patria argentina: la tradición gloriosa que hemos heredado y que debemos cultivar para transmitirla a las futuras generaciones” (Levene, 1912, p. 22). Levene entonces busca hacer del gaucho, de lo criollo, algo propio de la cultura argentina. Como señaló Adolfo Prieto cuando hablaba del criollismo, literatura donde el gaucho también ocupaba el centro de la escena²⁵, el mismo se hallaba presente desde fines del siglo XIX en diversos grupos sociales, para algunos en forma representativa –sectores populares- y para otros a modo de objeto de observación –elites- (2006, p. 157). Los manuales reflejarán la perspectiva de estos últimos.

En consecuencia, no resulta extraño ver que en manuales como *Lectura expresiva* (1904) y *Lecturas argentina* (1908) fueron seleccionadas diversas páginas dedicadas al gaucho y la cultura gauchesca. A su vez, ningún párrafo respondía a la autoría de Eduardo Gutiérrez, el gran responsable del “moreirismo” criticado por el sector dirigente²⁶. Finalmente, los textos insertos tienen la delicadeza de referir halagüeñamente al legado gauchesco, pero tomando la deferencia de sentenciar su ocaso: “El noble gaucho, se va/ Mañana... de él quedará/ Sólo un fantasma sin vida,/ Una sombra desvaída” (Estrada, 1908, p. 224)²⁷.

Posiblemente parte de la intención consistía en sepultar lo considerado pernicioso de la cultura criollista. De ahí la búsqueda por superarla mediante la elección de *Martín Fierro* y la consiguiente opción por recuperar un modelo de literatura y de figura representativa más acorde a la Argentina moderna²⁸. En esa operación pensada para las escuelas comunes, Güemes entonces también subyace como elemento estratégico para ejemplificar conductas, pues el salteño siempre organizó al gauchaje con la finalidad de evitar sus desvaríos.

²⁵ Si bien apunta Prieto que la “biblioteca criolla” era sobre todo sinónimo de “popular” por la variedad de temas abordados, también es destacable el lugar central asignado en esas obras al gaucho y, en menor medida, a la gauchesca. Al respecto, ante la dificultad de definir qué significaba el criollismo, apuntaba el estudioso: “A veces, la marcación criollista en estos impresos parece forzada por su simple inclusión en repertorios efectivamente consagrados a aquella práctica literaria, o por circunstancia de que su autor fuera bien conocido por sus otros aportes a la literatura criollista, o por el uso de un lenguaje y un tipo de versificación vagamente asimilables a los atribuidos a las formas expresivas gauchescas” (Prieto, 2007, 64-65).

²⁶ Por el contrario, en los referidos libros escolares pueden consultarse textos de Rafael Obligado, Lugones, Aristóbulo del Valle y Estanislao del Campo.

²⁷ Figueira, por su parte, al referirse a la literatura gauchesca, consideraba que la misma “va desapareciendo a medida que desaparece el tipo del verdadero gaucho que le dio origen” (Figueira, 1904, p. 282).

²⁸ Al respecto, apunta majestuosamente Prieto: “este empeño tuvo éxito, al menos en la visión de sus ejecutores, lo prueba la ya comentada determinación de Lugones, en el año 1913, de acudir a la imagen de Martín Fierro, confundido durante treinta años con los héroes negativos de la folletería criollista. Era el tiempo justo de emprender el rescate; de volver aceptables sus más extravagantes razonamientos. El tiempo de iniciar a una sociedad que empezaba a superar los tremendos ajustes del proceso modernizador y de la ingestión cosmopolita, en el culto de sus propios dioses” (2006, p. 187).

Consideraciones finales

Al inicio del artículo señalamos parte de nuestra línea de trabajo general, interesada en la utilización de Sarmiento en los manuales escolares. En relación a ello, y como primera cuestión a tener presente en este apartado final, en las mismas fuentes los usos de Güemes permiten ampliar y problematizar algunos aspectos. Si las apelaciones al sanjuanino evidencian variadas maneras de entender el pasado, o lo considerado fundamental para apuntalar la “argentinización” en las aulas, la figura del líder gaucho acrecienta la disparidad de criterios.

De Sarmiento podían alternarse la obra –sea *Facundo*, *Recuerdos de provincia* o *Conflictos y armonías*- o la faceta a utilizar –militar, educador, etc.-, pero siempre en modo grato. En cambio, Güemes entramaba polémica, de allí la posibilidad de ofrecer elementos respetables o, por el contrario, dignos de recriminar. En realidad, no es tanto el salteño en sí, sino lo que representa –gauchos, federalismo, liderazgo popular-, la causa de las diferencias. No obstante, las apuntadas variaciones de las referencias a esos temas reflejan en los tiempos del Centenario lo denominado por Adolfo Prieto como “mentalidad de balance”.

En consecuencia, al ampliar la perspectiva de análisis en los manuales, advertimos la falta de consenso o, desde otro ángulo, la pervivencia de disputas y diferencias al interior de los materiales escolares sobre el gaucho, el sistema federal, los caudillos, etc. Resumiendo, los señalados usos del pasado exponen la convivencia de disímiles modos de pensar y diagramar la ciudadanía y la república. Desde esa óptica, es factible entender por qué la memoria de Güemes bascula entre críticas condenatorias de conductas no concebidas positivas para las aulas²⁹ y, por el contrario, aquellas características dignas de recuperar.

Los manuales escolares indagados exhiben un tipo de lectura ideada para el nivel primario. Con relación a ello, el segundo punto a considerar tiene en cuenta principalmente cómo Güemes y su legado sirvieron para iniciar cierta revisión, en el primer escalafón de la escala de escolarización, en torno a la visión negativa existente hacia los caudillos, el caudillismo y los gauchos. En ese sentido es interesante atender, en particular, la valorización de la contribución de los caudillos a la unidad y, al mismo tiempo, la instalación del gaucho entre las piezas claves de la identidad nacional.

Si nos detenemos en el gaucho, aunque en algunos manuales estaban condenados a desaparecer, el mero hecho de necesitar recuperarlo expresa los cambios producidos fundamentalmente en los sectores populares, donde emergía como emblema. Incluso, según nos enseña Prieto, existieron diferentes modos de canalizar la representación entramada en dichos personajes, por medio de centros criollos, encuentros de payadores, el carnaval, etc. Además, para los inmigrantes, sea participando de las reuniones de los

²⁹ En este punto es preciso no dejar de apuntar que Güemes es único caudillo capaz de penetrar en las aulas para servir de ejemplo según los parámetros educativos ideados para la “Argentina conservadora”. Es decir, no necesariamente todo el fenómeno fue recuperado. Por ejemplo, la imagen de Facundo Quiroga también aparece trabajada; por el lado de Berrutti (1902), apelando al relato sarmientino, refería al riojano con el fin de aludir a sus rasgos gauchescos. Mientras que en las obras de Levene y De Vedia, Quiroga emerge como ejemplo de caudillo bárbaro.

apuntados centros o disfrazándose de Juan Moreira, el gaucho se convirtió en el modo de integrarse a la sociedad³⁰.

En síntesis, los gauchos abandonaron el lugar de renegados para transformarse en herramienta de la “argentinización” buscada por la elite gobernante. Los tiempos del Centenario mostraban variación del enemigo a combatir, ahora principalmente eran los anarquistas o los “inmigrantes indeseados”, los guachos ya no ocupaban ese lugar. Entonces, acorde a lo señalado, los manuales pensados para la educación común despliegan en nivel escolar planteos que, acorde a lo visto, también estaban teniendo lugar en otros ámbitos –el universitario o el de la elite político-intelectual, tal el caso del Lugones con sus charlas-. En consecuencia, y para cerrar el trabajo, es preciso resaltar el aporte de los registros claves de las fuentes escolares para comprender la discursividad de la “república conservadora”.

Referencias

- Adamovsky, E. (2019). *El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Alliaud, A. (2007). *Los maestros y su historia*. Buenos Aires: Granica.
- Berrutti, J. (1902). *Lecturas morales e instructivas*.
- Bertoni, L. A. (2007). *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Botana, N. (2012). *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Edhasa.
- Buchdinder, P. (1998). Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica. En N. Goldman y R. Salvatore (Comp.). *Caudillos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema* (pp. 31-50). Buenos Aires: Eudeba.
- Cattaruzza, A. (2007). *Los usos del pasado*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Chiaromonte, J. C. (2013). Provincias, caudillos, nación y la historiografía constitucionalista argentina, 1853-1930. En J. Chiaromonte, *Usos políticos de la historia. Lenguaje de clases y revisionismo histórico* (pp. 99-143). Buenos Aires: Sudamericana.

³⁰ Señala Prieto: “Los centros criollos y las actividades paralelas o derivadas de estos centros, como los encuentros de payadores en teatros y salas de entretenimiento, debieron de contribuir, entonces, a articular un proceso de socialización encaminado tanto a asegurar el sentimiento de identidad de grupos de jóvenes de procedencia y de grupos étnicos diversos, como a facilitar para los mismos las pautas de movilidad interna consagradas por el sector social dominante” (2006, p. 131).

- De la Fuente, A. (2014). *Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)*. Buenos Aires: Prometeo.
- De Vedia, E. (1913). *Lecciones argentinas*. Buenos Aires: Ángel Estrada.
- Estrada, T. (1908). *Lecturas argentina*. Buenos Aires: Ángel Estrada.
- Fernandez, H. (2022). Construir a Güemes en la historia argentina: una aproximación desde los usos del líder salteño en los manuales escolares durante el orden conservador (1880-1916). En F. Brown y M. Espasande (Eds.), *El legado de Martín Miguel de Güemes* (pp. 205-219). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de la Defensa Nacional.
- Figueira, J. (1904). *Lectura expresiva*. Buenos Aires: Cabaut.
- Frías, B. ([1902]-2017). *Historia del General Martín Güemes y de la Provincia de Salta, o sea de la Independencia Argentina*. Salta: Fondo Editorial de la Secretaría de cultura de la provincia de Salta-Ediciones Universidad Católica de Salta. www.cuarto.com.ar/descarga-gratuita-liberan-los-6-tomos-de-la-historia-de-guemes-y-salta-escrita-por-bernardo-frias/
- Guic, L. (2023). *El gobierno de la educación común: estudio de las políticas educativas del Consejo Nacional de Educación hacia el Centenario de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Teseo.
- Halperín Donghi, T. (1999). Estudio preliminar. En J. Lafforgue (Ed.), *Historia de caudillos argentinos* (pp. 19-56). Buenos Aires: Punto de Lectura.
- Herrero, A. (2021). La formación de patriotas. Gutiérrez, Sarmiento y González: el uso de la ficción en la dirigencia política argentina. *Revista Inclusiones*, 8, 83-102.
- Imhoff, C. y Levene, R. (1910). *La historia argentina de los niños en cuadros*. Lajuane.
- Latallada, F. (1916). *Hogar y patria*. Buenos Aires: Alberto Vidueiro.
- Levene, R. (1912). *Cómo se ama a la patria*. Buenos Aires: Aquilino Fernández.
- Levene, R. (1913). *Lecciones de historia argentina, T. II*. Buenos Aires: Lajuane.
- Mata, S. (2012). *Los gauchos de Güemes. Guerra de independencia y conflicto social*. Buenos Aires: Sudamericana. EBook.
- Poderti, A. (2002). Güemes. 1785-1821. En J. Lafforgue (Ed.), *Historia de caudillos argentinos* (pp. 99-129). Buenos Aires: Punto de lectura.

- Prieto, A. (2006). *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Quiñonez, M. (2022). Debates y tensiones en la construcción historiográfica de un héroe: Martín Miguel de Güemes, de caudillo a símbolo identitario provincial. En F. Brown y M. Espasande (Eds.), *El legado de Martín Miguel de Güemes* (pp. 185-204). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de la Defensa Nacional.
- Terán, O. (2012). *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Villagran, A. (2010). *El héroe Martín Miguel de Güemes: entre narrativa histórica, ceremonia conmemorativa y memorias gauchas. Una aproximación a tres formas sociales de producción y apropiación del pasado en Salta*. Tesis de Doctorado. Universidad de Buenos Aires. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1246>